

---

---

*Mario Gaviria*

---

## *La competencia Rural-Urbana por el uso de la tierra*

Para analizar los problemas del suelo hay que partir —al menos yo parto— de los análisis críticos hechos en torno al tema de la producción del espacio. El espacio se convierte con el capitalismo avanzado en un valor de cambio; es decir, que el desarrollo acelerado, la apetencia de suelo, el crecimiento demográfico, el despilfarro de suelo, forma parte de la última etapa del modo de producción capitalista, y que la producción del espacio es uno de los últimos motores de un sistema económico obsoleto. Por tanto, al hablar de suelo hay que hablar de producción, uso y consumo de este suelo y, en términos más abstractos, de espacio, ya que el suelo no es nada si no tiene oxígeno, si no tiene luz, etc.

El suelo es un bien escaso insustituible (los eufóricos de la tecnología dura piensan que los suelos pueden crearse, pero esto requiere mucho tiempo, mucho dinero y mucha energía). Pienso cada vez más que el suelo habría que sacarlo del mercado económico; precisamente porque es el elemento clave de la supervivencia del planeta; sólo a partir de un espacio auténticamente no privatizado se podría empezar a eliminar el economicismo que hay en torno al uso del suelo.

En España, la gestión de los usos del espacio ha sido

---

---

crecientemente degradadora, en parte como consecuencia lógica de un crecimiento acelerado en los últimos 25 años; porque era muy difícil haber pensado que se podía tener un crecimiento económico (que no social o político) tan rápido si no hubiese ido acompañado de una degradación sistemática del entorno, del uso equivocado del suelo. Una de las claves de la acumulación acelerada de productos es precisamente que vienen los productos manufacturados a sustituir los recursos naturales agotándolos; es decir, se contabiliza la producción material de objetos, pero no se contabiliza lo que se destruye. El espacio es el objeto de destrucción preferente, aparte de la sociedad global, con los horarios de trabajo, las formas de vida, etc.

La solución es muy difícil, y a medida que avanza el sistema industrial o urbano-industrial capitalista, y el socialista convencional también, cada vez nos alejamos más del entorno. Ello significa que el intentar rehacer las cosas es más caro y más difícil. En momentos de pesimismo pienso que ni aun tomando profundas y serias medidas de transformación del modo de producción podemos llegar a rehacer un sistema social armonioso con la naturaleza y con el espacio.

Sabido es que el suelo es considerado por la economía de mercado, o por la economía en búsqueda de beneficios, como bien de cambio, como algo que se compra, que se vende. Esta concepción subsidiaria del suelo hace que pierda su aspecto inicial y fundamental que es su auténtico valor de uso. El valor de uso es el elemento que definiría profundamente el espacio y el suelo, y los usos contradictorios son contradictorios en tanto en cuanto están sometidos a la lógica del beneficio inmediato.

Históricamente la contradicción era menor, existía ciertamente entre los agricultores y la naturaleza (los agricultores han sido históricamente, en mayor o menor grado, destructores de la naturaleza, del ecosistema existente), pero el suelo no agrario o no natural era tan poco que suponía unas centésimas del total del planeta y tampoco tenía gran importancia el problema. Hoy, sin embargo, la lucha entre suelo agrario, suelo urbano, industrial, suelo turístico o del ocio

---

---

manipulado, suelo «natural» —si queda—, transportes, etc., suelo como soporte de la mecanización o suelo como captador de energía, contraponen a toda una serie de usos contradictorios en los que en general salen perdiendo los elementos más «arcaicos», como son los espacios naturales o los espacios agrarios.

Se observa que el progreso está en gran parte basado en una invasión, en una dominación de la tecnoestructura y la tecnosfera sobre la biosfera. Dicho de otra manera, el conjunto urbano-industrial, que hoy creo no supone en España más del 6-8 por 100 de superficie del territorio nacional, alberga, sin embargo, a la mayoría de la población, del capital, de la energía, de la formación, de las personas, etc. *El resto es considerado como un espacio residual, y esta consideración de espacio residual es la que explica las circunstancias con las que se encuentran el planificador y la sociedad al acercarse al problema del espacio.* Y es que el problema del espacio ha sido dejado de lado, en general, por la economía, porque se lo consideraba abundante, como un recurso ilimitado y como soporte. En sí mismo, el suelo era soporte de algo y, excepto los agricultores que lo cuidaban más o menos, nadie tenía una aproximación más profunda.

De hecho, tanto los pragmatistas del capitalismo como los análisis de la crítica de la economía política de Marx han dejado bastante de lado el espacio, su producción y su utilización, por considerarlo secundario. La economía era una economía sectorial o monetaria, etc., y no tocaba el tema. Sin embargo, se daba por hecho que de algún lugar había salido la acumulación de excedentes. Los primeros excedentes, que permiten la aparición de aldeas —o de pueblos y, después, de ciudades—, son gracias a que hay una acumulación de capital, unos excedentes cuyo proceso ha sido insuficientemente analizado, y encontramos que la teoría no ha dado todavía suficiente importancia a esto.

El capitalismo ya se sabe lo que ha hecho —por lo menos en España— con la dialéctica campo-ciudad; ha sometido el campo a la ciudad hasta las últimas etapas que expondré (por cierto, me parece que las circunstancias es-

---

---

tán propiciando una nueva etapa). Y la explicación por el lado del marxismo convencional y dogmático o tradicional ha sido insuficiente.

La dialéctica campo-ciudad la significaba Marx al indicar que uno de los objetivos que había que superar era la contradicción y las diferencias entre el campo y la ciudad. Esto era ya en 1848, en la época del Manifiesto Comunista. Hay que advertir que cuando extrapolamos estos dos conceptos de rural y urbano, o campo y ciudad, estamos hablando de cosas muy distintas de las que hablaba Marx. El campo del que se ocupaba Marx era un campo prácticamente autárquico, autosuficiente, y las ciudades eran pocas y pequeñas. Los agricultores practicaban un autoconsumo, no necesitaban apenas cosas de la urbe y sí la urbe necesitaba al campo. Sin embargo, Marx decía que la ciudad explotaba al campo porque permitía una gran parte de la acumulación primitiva de capital. Ahora bien, el campo no se puede extrapolar en la situación actual de los análisis, como ciertos marxistas dogmáticos o convencionales hacen, para concluir que la explotación del campo sea de la misma manera. Hoy el campo está terriblemente —en España, casi totalmente— integrado (desde hace bastantes años, además) en el sistema productivo global; la autarquía no existe y, por tanto, la situación es distinta.

De hecho, en la época de Marx el campo era sede de oscurantismos, espiritismos, brujas, magos, gentes que vivían por los montes sueltas. En general, Marx no comprendió nunca al campesino, ya que era urbano e hijo de urbanos de toda la vida, y los campesinos eran gente torpe e inculta. Marx decía que la ciudad hacía más libres a los campesinos. En cierto modo esta fórmula se refería al hecho de que, viniendo de siervos feudales, el entrar en una ciudad y recibir los derechos de ciudadanía —el entrar en un gremio, etc.— hacía al labrador, por lo menos, escapar de la servidumbre feudal. Ahora bien, no toda la historia de la humanidad ha pasado del feudalismo a las ciudades y al capitalismo comercial y, después, industrial; hubo muchas zonas en que el feudalismo de alguna manera no funcionaba o no existía (los comunales), o las comunidades o socieda-

---

---

des autárquicas sufrían mucho menos con el feudalismo de lo que ha llegado a sufrir después el proletariado.

Por tanto, esta visión de Marx, de considerar al agricultor como una especie de paleta, muy torpe, muy de derechas, muy oscurantista, etc., ha perdurado en muchos de los análisis de la izquierda en cuanto al problema rural. Para Marx la confianza en la revolución venía del proletariado y sólo una industria generalizada daría las condiciones objetivas para que se produjera la revolución. Paradójicamente, esto no ha sido así si se llama revolución —cosa muy dudosa, alejados ya de Octubre— a la de la Unión Soviética, que tiene más de un 90 por 100 de población rural. El caso de China es muy parecido; el de Cuba, en gran parte, también. Sin embargo, ni Alemania —de la que Marx esperaba mucho—, ni Inglaterra, ni Estados Unidos, ni Francia, han producido por ahora un sistema socialista. El industrialismo no se ha significado, pues, como generador de un proletariado revolucionario —pudiera ser que un día lo fuese—. Y en estos momentos el industrialismo ha generado países en los que el proletariado forma parte de las clases sociales que expolían los recursos naturales, de energía, del tercer mundo, que son colonialmente o neocolonialmente dependientes de los anteriores.

La paradoja, así, es que ya incluso los agricultores españoles (por mucho que se quejen y les seguiremos ayudando a quejarse todo lo que puedan, por lo menos a los pequeños agricultores y a los jornaleros) forman parte también de este mecanismo de expoliación del planeta y, por tanto, para hacer los análisis, hay que tenerlo en cuenta.

En cierto modo, pues, por un lado la concepción marxista de la dialéctica campo-ciudad está superada y no se confirmó; y por otro lado, la propia teoría del valor que hacía prevalecer el trabajo sobre el capital era insuficiente. Sólo muy al final de su vida Marx empezó a pensar en los problemas agrarios de la Rusia zarista, y parece ser que había reunido ya unos 6.000 kilos de material documental porque veía temas nuevos que no había tocado suficientemente, como el tema de la renta del suelo y del subsuelo, y el tema de los problemas agrarios. Pudiéramos pensar, pues,

---

que es por entonces cuando podía haberse modificado —pero no se modificó— un análisis más profundo de lo que es el análisis de la teoría del valor.

La renta del suelo y del subsuelo o, dicho de otra manera, lo que hoy llamamos gestión integral de los recursos naturales —el espacio entre ellos— forman un elemento fundamental para entender el mecanismo social. El valor es algo más complejo que el trabajo y el capital. Así pues, hoy nos encontramos con que, por un lado, hay recursos naturales escasos y, sin embargo, por otro lado, hay exceso de trabajadores y escasez de capitales. Por tanto —de hecho se está haciendo por todas partes— la teoría del valor hay que someterla a crítica y la propia concepción de lo que se llamaba el comunismo de la abundancia, también. Lefebvre dice de manera muy graciosa que Marx esperaba que se produciría el comunismo en los países que gozan de abundancia; que una vez llegada la abundancia, llegaría el comunismo. Paradójicamente, se está produciendo el hecho de que en los países donde hay una cierta abundancia, como en los países industrializados avanzados de Occidente, no hay comunismo, sino capitalismo; y allí donde hay socialismo no hay abundancia.

Así pues, esta situación hay que someterla de nuevo a crítica, y hay que hacer lo mismo con la concepción que se tenía del llamado socialismo o comunismo científico. Esa concepción elemental de Marx —genial en muchos aspectos, pero decimonónica en otros muchos— de la ciencia y el progreso, de considerar que el progreso era siempre ir a mejor (la definición del progreso era tautológica, es decir, se venía a algo mejor de algo peor), hay que someterla a crítica, ya que la relación entre esta concepción de lo que sería el comunismo o el socialismo llamado científico y las posibilidades que tiene la gestión del espacio, los recursos naturales y los usos alternativos del suelo, deberían ser tenidas en cuenta.

Dicho de otra manera, Marx echaba al campo del socialismo utópico a todos aquellos que no pensaban como él y, por tanto, él era el que hacía el socialismo científico. También decía que el comunismo cambiaría el Estado primitivo

---

---

y toda la teoría del Estado, y hoy vemos cada vez más patente que el comunismo, en las formas que conocemos por ahora, refuerza el Estado, porque probablemente éste es inseparable de la centralización de las grandes unidades y la concentración en el espacio; un centro que domina una periferia, con unas sucesivas capas de periferia. Por tanto, esta concepción de comunismo científico o esta concepción del comunismo moderno como algo superior al comunismo primitivo —que se consideraba primitivo porque no era industrial y porque era autogestionado, autárquico y disperso— debe ser sometida a crítica, puesto que la utilización del espacio y de los recursos naturales que hace es poco viable.

Por el contrario, el capitalismo ha exacerbado el valor de cambio del suelo. En ambos casos —en el marxismo y en el capitalismo— se planteaba la dominación del hombre sobre la naturaleza, considerando la naturaleza como algo ajeno en lo que el hombre no estaba inmerso. Hoy se ve claramente que esto no es posible; que el milagro industrialista y el propio milagro de la agricultura, de los incrementos de productividad, han sido factibles gracias a la acumulación de capital y a la acumulación de energía y de materias primas en muy pocos países y en muy corto período de la historia; y que, por tanto, la euforia que se tenía de la llamada energía dura o del sometimiento de la naturaleza al hombre empieza a caer por su pie cuando se observa desde la óptica del valor de los recursos naturales, de la energía no renovable, etc.; en suma, del valor de uso.

Esto ha llegado a tal punto en la agricultura que hoy lo rural —por lo menos en casi todas las zonas de España— empieza a ser un espacio que en parte está en contradicción con los centros estatales de decisión y con la centralidad capitalista; pero, a su vez, está inserto ya en un espacio centrado —como he dicho antes— que tal vez es agrícola, pero es cada vez menos rural; no hay mucha densidad de población, pero sí están presentes todos los elementos exteriores: abonos, fertilizantes, semillas modernas, maquinaria, petróleo, etc.

Cuando los ingleses te presentan libros de planes alter-

---

---

nativos de los planes energéticos oficiales ingleses, ya no separan el sector industrial del sector agrario; para ellos el sector agrario es un sector industrial más, cosa que se comienza a pensar en casi toda España. Por tanto, esta contradicción campo-ciudad o rural-urbana habría que replantearla porque, excepto en lo que es usos alternativos de suelo, en todo lo demás (en energía, en materias primas, es decir, petróleo, fosfatos, insecticidas, maquinaria, plásticos, etc.) es un espacio aislado, llamémosle rural por inercia, pero con todas las características de la centralidad industrial o urbana tecnológico-científica.

En cierto modo, lo que hay que plantearse es algo distinto de lo que se suele hacer; no tanto dilucidar de quién es el espacio. No puede plantearse una solución a los problemas contradictorios del uso del espacio si el espacio no se convierte en algo colectivo, *algo tan elemental como el suelo para el que lo pisa, partiendo del principio del nuevo localismo, que parece muy arcaico, pero que consiste en la soberanía del pueblo rural sobre el espacio; que al fin y al cabo es la misma que implanta el Estado sobre grandes espacios.*

Así pues, a partir de que el espacio es de los pobladores de aquel territorio, el problema de la reforma agraria —en mi opinión— es puramente político y es un problema de colectivización no en el sentido estatal, sino en el sentido de soberanía de los colectivos o de las comunidades que existan en un sitio; y, por tanto, no bastaría esa alternativa para resolver los conflictos, que son muchos.

## COMO SE USA NUESTRO SUELO

En España, éste es el conflicto de fondo, hay que ver cómo se está usando el suelo, independientemente de que su solución tenga que pasar porque el suelo sea de todos. En España los usos que más suelo han devorado han sido los urbanos, industriales, turísticos y de transporte, en detrimento, sobre todo, de los espacios agrícolas. Habría espacios ganaderos forestales y una grande y creciente superficie de baldíos, yermos, desiertos, erosiones, como quera-

---



---

mos llamarle. Las cifras están contenidas en los libros, se conoce bastante bien el tema y es un problema grave cuya degradación se percibe lentamente, pero cuya recuperación es mucho más lenta todavía.

Centrémonos en los usos competitivos del espacio, es decir, el espacio como productor de alimentos, productor de oxígeno, captador de aguas —tres funciones principales— y objeto de placer —función elemental del espacio que se vende en forma de diapositivas de los espacios turísticos, contradictoria con las manipulaciones industriales o las conmutaciones urbanas—, puesto que son los que han creado grandes problemas en España. El libro de López de Sebastián sobre los recursos naturales y contaminación ambiental (un libro muy bonito) viene a señalar que el crecimiento urbano industrial ha absorbido unas doscientas treinta y tantas mil hectáreas de regadío. Esto, en las grandes áreas metropolitanas; si a ello añadimos el resto de los pueblos, medianas ciudades, etc., más autopistas, aeropuertos que no estén en estas grandes áreas metropolitanas, etc., pudiéramos estimar —puesto que no hay datos serios y sólidos— que se podría llegar a las 350.000 hectáreas de regadío que han desaparecido. Como las cifras de lo que se ha puesto en nuevos regadíos —desde luego la mayoría no son todavía tan productivos como los antiguos— no son muy claras, se podría aproximar la hipótesis de que *en los últimos treinta años se ha destruido casi tanto regadío como el que se ha creado*, y que *en estos últimos cinco años desde luego ha estado claro que se destruye mucho más regadío del que se crea*.

En cierto modo, lo que sucedió es que las ciudades, excepto Madrid, parte de Bilbao y Guipúzcoa, crecieron en aquellos lugares donde paradójicamente ya había gente, ya había actividad y la actividad primitiva era la agricultura, aparte de aquellos sitios en que además coincidía la disposición de un puerto de transporte, como Barcelona, Valencia, etc.; ya que siempre estas ciudades están situadas en el centro de una gran huerta y, en muchos casos, de regadío. ¿Qué quiere decir esto? Que excepto Madrid, que es una creación artificial, puramente política, que no procede de

---

---

pobladores agrarios con excedentes económicos, todas las ciudades que han surgido han ido comiendo su propio suelo. Eso nos llevaría a plantearnos que a este ritmo, si la población urbana española de las grandes áreas metropolitanas sigue creciendo, si se baja la densidad, como la Ley del Suelo propone, si se siguen desarrollando redes arteriales y más redes arteriales, pudiera adivinarse muy claramente que el déficit del regadío en España fuese muy, muy grave.

Paradójicamente, casi todas las tierras más fértiles existentes son las que más están en peligro, en cierto modo porque coincide este proceso histórico de que donde había acumulación de capital había más acumulación de personas y, a su vez, más demanda de suelo.

Históricamente, ¿cómo se regulaba el uso del suelo? Con una maravillosa sabiduría por parte de los agricultores, que se equivocaban y de los errores aprendían a hacerlo mejor —pero en general podemos decir que la agricultura sigue asignando los cultivos idóneos a los suelos idóneos—, no era objeto de grandes estudios y no había grandes competencias urbano-rurales. Por tanto, el fenómeno es muy reciente y, de seguir así, en diez-quince años más sería muy grave.

Con la ideología desarrollista, que parte de confundir desarrollo con crecimiento y crecimiento con crecimiento industrial y urbano, se considera como un valor secundario el suelo vegetal. Se suponía que los alimentos vienen de algún sitio —en general en forma de importaciones que hay que pagar, cada vez más difíciles— y que el mercado mundial abastecería de alimentos a los españoles. Así pues, hasta hace cuatro o cinco años apenas se oían voces en defensa rigurosa del suelo fértil contra la invasión por parte de autopistas, fábricas, aeropuertos, etc. Cada vez más, sin embargo, hay que considerar el suelo no como un valor económico puro, sino como algo insustituible y único, y esto es muy difícil metérselo en la cabeza. Extrapolamos históricamente la producción que tengan las 200 hectáreas o 300 de una central nuclear en un buen regadío, que a los veinticinco años ha dejado de producir e inutiliza el regadío para siempre. Durante centenares de años puede estar pro-

---

duciendo este suelo con una energía no renovable que es el sol.

En términos puramente de costos o beneficios —la forma clásica— es muy difícil de medir todo esto. Los norteamericanos, en especial KRUTILLA y otros economistas de recursos para el futuro, han intentado crecientemente hacerlo, con ecuaciones, y es admirable su trabajo. Pero, en definitiva, prevalece la opinión de que con los recursos naturales cabe una aproximación ética y filosófica, la relación del hombre con la naturaleza y su entorno, mucho más que intentar cuantificar lo que supone, lo que se pierde y lo que se gana.

Mientras tanto, lo que ha sucedido es que los habitantes rurales del entorno de las ciudades veían acabar su actividad; especulativamente, unos: los más astutos, que conseguían vender su suelo revalorizado —en general poco, porque eran más astutos los promotores que ellos— y otros generalmente víctimas de la actividad del Estado, consistente en la implantación de todas las infraestructuras en que la dialéctica del centro estatal contra su periferia se manifiesta siempre por la forma de la expropiación. Las autopistas expropian el terreno, los aeropuertos expropian el terreno, los polígonos industriales expropian los terrenos a los agricultores que, a cambio de un dinero, pierden un tipo de vida y la actividad que tenían. Los más afortunados tal vez cambian el tipo de vida por dinero, y si son muy mayores tal vez lo aprecien, pero el conjunto de la producción alimenticia del país se tiene que ver dañado necesariamente.

Tal vez estos años han proporcionado una compensación los incrementos en la producción de semillas y fertilizantes; pero, a largo plazo, nos acordaremos, o las generaciones futuras se acordarán mucho de las doscientas y pico o trescientas mil hectáreas del mejor regadío de España que se perdió. En cierto modo ello se debe a que el desarrollismo consideraba la agricultura como algo secundario; no se sabía de dónde se comería, pero se comería. Hoy esto ha cambiado; energía y agricultura son sectores claves para el futuro y, por tanto, la defensa del suelo no sólo agrario, sino también natural, etc., es fundamental. Lo que sucede

---

---

es que la legislación, al menos en el Estado español, sus mecanismos, eran muy débiles, en parte para no imponer dificultades al desarrollismo urbano e industrial. La llamada Ley del Suelo es una ley urbana, tanto la antigua como la moderna. A mí me ha tocado trabajar en Planes de Urbanismo en los que había dos cosas que no se consideraban: una era las fuentes de energía; y otra, no considerar en absoluto lo que se hiciese con el entorno. Un Plan de Ordenación comprendía suelo urbano y suelo rústico, y para el suelo rústico existía una norma del Ministerio de Agricultura por la que no se podía hacer parcela mínima inferior a una hectárea aproximadamente, que no se ha cumplido en general.

*La Ley del Suelo, pues, es una ley urbana en la que lo rural es lo residual, a pesar de que en cada municipio —exceptuadas las grandes áreas metropolitanas— lo urbano es, tal vez, el 8 por 100 y lo llamado residual, el 92 por 100. La Ley del Suelo está hecha por urbanistas: La primera, por Pedro Vidagor y su equipo en el año 56, y la segunda, igualmente hecha por urbanistas o por personas con mente urbana. Por tanto, la Ley del Suelo es una ley del suelo urbano y periférico, pero no se puede decir que sea propiamente una Ley del Suelo.*

Por el contrario, el Ministerio de Agricultura tiene que encargarse, o tendría que encargarse, del noventa y tantos por ciento del territorio y, sin embargo, no dispone de una legislación suficiente, puesto que la que rige es aislada, parcial y no viene a preservar el suelo, sino, con un criterio también desarrollista, a otros fines. En cierto modo las decisiones de los usos del suelo que no fueran puramente urbanas eran tomadas, las muy grandes, por el Ministerio de Industria, que no cuenta con Ley Agraria ni Ley del Suelo, sino que se atiene a la ley de las multinacionales, que quieren instalarse donde quieren. Así, las grandes centrales nucleares, las grandes fábricas de automóviles, las grandes refinerías, los grandes complejos petroquímicos, las grandes plantas de alúmina, todos estos elementos han sido decididos prácticamente desde el Ministerio de Industria, haciendo caso omiso de los criterios agrarios o de los criterios

---

---

urbanos. Por tanto, lo que es urbano es muy poco territorio y se ocupa de él la Ley del Suelo; lo que es agrario es mucho, pero es competencia de un Ministerio de Agricultura con poco dinero y poco acierto, y el Ministerio de Industria es el decisor en los grandes elementos, en aquellas aplicaciones que utilizan el espacio como soporte de la contaminación o de puntos especiales de la estructura del transporte, donde llegan la energía y las mercancías y se transforman.

En realidad, pues, no se puede decir que haya habido un auténtico criterio de planificación del suelo, y lo que podríamos llamar contradicción urbano-rural se ve ya que es mucho más compleja. La estrategia de utilización del suelo la decidían las quinientas grandes multinacionales que actúan en España desde otros sectores, a la busca de ciertos enclaves con ciertas funciones (Huelva, Tarragona, La Coruña, Bilbao, Cartagena, etc.), en general, espacios litorales o puertos de aguas profundas, con energía, agua dulce, que son como bases coloniales, donde se emplea el espacio sobre todo como soporte de una contaminación y de una actividad en contra de otras actividades. El caso límite —lo expuse con otros amigos en el libro «Ni desarrollo regional ni ordenación del territorio: El Caso Valenciano»— es prácticamente la huerta de Valencia, una obra de arte de la humanidad, que en otro país más civilizado se hubiese declarado intocable, y en cuatro años tenía 12.000 hectáreas directamente desaparecidas en autopistas, trenes, carreteras, viviendas, aeropuertos, etc., más la IV Planta Siderúrgica. Efectivamente, esta actitud hacia la huerta de Valencia tal vez sea el símbolo más extremo de la contradicción entre la presión multinacional (la autopista, la IV Planta, la Ford y la refinería de Castellón) y los usos tradicionales de un espacio. La huerta de Valencia es anterior a la constitución del Estado español. El Tribunal de Aguas, la Acequia del Turia o el Júcar, antes de que existiera esto que llamamos España, ya existían. Los valencianos con el regadío fueron desecando la Albufera, acabaron con la malaria muy tardíamente y crearon un espacio productor de alimentos, con un microclima y unas características totalmente insustituibles. Era el lugar menos adecuado para poner una side-

---

---

rurgia o una planta de automóviles y, sin embargo, allí están. Ante ello el Ministerio de Agricultura no podía hacer prácticamente nada.

La promoción del uso del espacio por parte del Ministerio de Agricultura es insuficiente, porque la mayoría de los ingenieros agrónomos —y espero que haya bastantes que lean esto y se ofendan— han sido educados para aumentar la productividad a toda costa. Veían, así como la mayoría de los ingenieros de montes también, los montes forestales como productores de dinero a través del papel, que es lo más rápido (eucaliptos o pinos, enemigos del resto de los árboles) y, desde luego, no se ocupaban tampoco muy bien de los pastos porque para eso está la Dirección General de la Producción Animal, como se llama ahora, que lo que ha impulsado en general han sido los piensos compuestos, la soja, la harina de pescado, el maíz, importados, etc. Por lo que por un lado nos encontramos con que unos montes están repoblados para producir papel y otros están abandonados, cuando deberían ser pastados, porque los ganados están comiendo piensos compuestos que se importan.

Finalmente, el I. R. Y. D. A. ha hecho los regadíos que ha podido, con mayor o mejor fortuna. Publicamos un libro sobre el Plan Badajoz, «Extremadura saqueada», en el que contamos todo lo que descubrimos. El Plan Badajoz, técnicamente es bastante bueno, es decir, hay 130.000 hectáreas de regadío bastante bueno; socialmente es asunto diferente, pues sólo el 20 por 100 de las tierras se distribuyeron, pero ése ya es otro tema.

Entonces, excepto en el caso de algunos técnicos de planificación, no había en los organismos preocupación por cómo utilizar el espacio. Es decir, en un país civilizado es evidente que el Ministerio de Agricultura tendría que haber dimitido en pleno si se movían las 350-400 hectáreas de las mejores hortalizas de la huerta de Valencia para instalar la Ford. No había una estrategia espacial; se pensaba que se estaban haciendo regadíos en otros sitios y, en cierto modo, tampoco el Ministerio de Agricultura tenía poder ni concepción espacial.

Ahora las cosas han cambiado y la agricultura y la

---

alimentación sana se convierten en objetivos prioritarios del futuro; energía y alimentos son los dos puntos débiles de la economía española y los dos apoyos sobre los cuales el Estado español, las diversas nacionalidades y regiones, pueden llegar a salir de la crisis. Si las importaciones de energía llegan este año —que llegarán probablemente— a 400.000 millones de pesetas y las de alimentos están en 150.000 millones o más, para salir de esta crisis sería ambas cosas tendrán que ser resueltas con los medios de que disponemos; lo cual indica que hay que volver a los recursos naturales, agua, luz, sol, viento, y a la producción de alimentos, pastar lo que se dejó de pastar, volver a la ganadería integral, acondicionar el mayor número de hectáreas de regadío que se pueda (a pesar de que los americanos sigan diciendo que no conviene, como en el informe del 64, en el que comentaban que no era rentable crear regadíos; lo cual se contradice con una reciente estadística que indica que ellos han puesto 1.500.000 hectáreas en riego desde el 64 hasta ahora).

Así pues, regadío, hidroelectricidad, energía solar, carbón, son las salidas que unifican la gestión de los recursos naturales y alimentos. De hecho no digo nada nuevo, puesto que en casi todos los países industriales avanzados el saber crítico está en esa línea. En Inglaterra hay un movimiento, crecientemente importante, que vuelve a hablar de la reforma agraria. Sorprende porque en un país como Inglaterra, donde ya no quedan agricultores prácticamente, la gente quiere volver a ser agricultores. Han lanzado un manifiesto muy bonito, que se llama «Land for the people», y grupos de investigación y algunos departamentos de investigación de la Universidad de Londres están elaborando programas para volver a cultivar lo que llaman «derelited Areas». Existen unas doscientas y pico mil hectáreas en Inglaterra entre casas, trenes, etc., que no son cultivadas ni pastadas y el programa pretende volverlas a pastar o a cultivar en los próximos cinco años. Hay ya varios libros sobre un programa para el año 2000 de autoabastecimiento en Inglaterra, a pesar de que ahora importa la mitad de los alimentos que consume, y esto en un país que se ponía siempre como ejemplo de la baja población agraria. Un país

---

---

moderno, decía Colin Clark, es aquel que tiene baja población agraria. Lo que no decía era de dónde se traían los alimentos, claro. En estos momentos todo esto está cambiando. Los ingleses que he visto dicen que aquí tenemos todavía la suerte de que quedan agricultores que quieren ser agricultores. Esperemos que se les pueda ayudar a serlo, y se pueda así llegar a autoabastecer de alimentos y de energía a España.

Para ello, mientras tanto, el Ministerio de Agricultura tendría que emplearse en una lucha muy fuerte, muy feroz, contra el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, puesto que el Ministerio de Obras Públicas y el Ministerio de Industria han sido en cierto modo los grandes decisores. El Ministerio de Obras Públicas gestiona el agua, y en España, como dice Labordeta, «donde hay agua, una huerta»; lo dice para Aragón, pero es verdad para todo el Estado español. El Ministerio de Obras Públicas, al gestionar el agua, decide qué se hace con los embalses, con los canales, con los nuevos regadíos, y precisamente la transformación en regadíos será uno de los elementos que puedan llevar al autoabastecimiento, en mi opinión. Porque pienso que con la tecnología dura los techos de productividad se alcanzarán un día no sólo por la productividad genética, sino por la cantidad de energía o de fertilizantes, etc., que haya que emplear.

Por tanto, yo pienso que por un lado se tendría que emprender una estrategia de replantear lo que es el uso del territorio y replantear la gestión del agua, del suelo y de la gestión del transporte, que tienen directamente relación con la agricultura y los consumos de energía. No sé qué misión tendrán en todo esto cada una de las regiones o nacionalidades del Estado español. Pero habrá que llegar no ya a una clasificación de suelos, por sus aspectos bioquímicos, zoológicos o edafológicos, sino a algo tan elemental, en cierto modo, como hacer una lista o un inventario —que tal vez se esté haciendo o haya ideas para hacerlo— de suelos fértiles, ultrafértiles. Algo tan simple como esto lo planteó la Generalitat en los años 30, cuando planteó una serie de suelos que serían intocables, los más fértiles de cada lugar. Precisamente los que se han destruido desde Gerona a Tarragona.

---



---

Dicho de otra manera, no creo que basten planes parecidos a los que ha hecho el Area Metropolitana de Madrid con el Plan de Protección del Medio Físico; no basta eso, no se puede hablar de protección del suelo físico únicamente, puesto que es precisa una gestión integral, una declaración de suelos vegetales intocables, es una declaración de que los alimentos son fundamentales y el tema del agua como alimento clave, etc.

Así pues, el escepticismo es grande, ya que el problema es muy fuerte y yo no creo que desde el nivel del Estado Central se pueda resolver, puesto que se ha visto que cuanto más centralizado y más potente ha sido éste, más se ha ido agravando la cuestión. Creo que si se deja a cada comunidad muy descentralizada, ayudada por personas que asesoren, resolver sus problemas, se volverá a decidir los usos del suelo con más sensatez de lo que se ha hecho en estos últimos cuarenta años.



---